

El verdadero objetivo de la educación, como el de cualquier otra disciplina moral, es engendrar felicidad”.

W.M. Goldwing

BREVE ANALISIS GENERAL DE LA SOCIEDAD EN EL MUNDO ACTUAL

Si educamos al niño o la niña para la vida en sociedad, debemos reflexionar sobre el tipo de sociedad en la que va a desenvolverse, sus roles, normas, pautas y valores, además de las pequeñas sutilezas implícitas en los aspectos relacionales.

Para conseguir una idea aproximada del tipo de sociedad futura debemos basarnos en el conocimiento de las culturas actuales y los cambios rápidos que hoy se producen en las costumbres, las normas y las relaciones sociales. Sobre todo, es importante observar los problemas y los motivos que los provocan, para promover una educación encaminada a mejorar la sociedad actual.

En la era de la comunicación el 20% de la población disfruta de la mayoría de bienes y riquezas del planeta. Un porcentaje elevadísimo de mujeres se encuentra en situación de inferioridad con respecto a los varones y más de 100 millones de niños y niñas están sin escolarizar, mientras otros 100 millones no llegan a terminar los estudios primarios.

Se estima que en el mundo existen 800 millones de analfabetos que, habitualmente se hallan en situación de pobreza extrema y, en muchos casos, están sometidos a explotación. Esta población menos favorecida está compuesta por los sectores marginales de los países más desarrollados y gran parte de la población de África, Asia y América Latina, donde mueren al año millones de niños y niñas a causa de enfermedades de fácil curación, por falta de alimentos o víctimas de algún tipo de violencia.

En el planeta hay una clara desigualdad en la distribución de riquezas de todo tipo. En los países más prósperos un amplio sector de la población dispone de formación académica superior, la mayoría de hogares poseen ordenador, comunicación por Internet, televisión interactiva, telefonía fija y celular y otros adelantos tecnológicos que les dan acceso al conocimiento y a la cultura.

Las zonas con recursos materiales disfrutan de los avances de las ciencias consiguiendo sociedades democráticas con mayor libertad y dinamismo.

En estas comunidades hay una tendencia muy extendida al consumo exagerado y a la competitividad desmesurada, el estrés está generalizado, afectando incluso a la población infantil. Los excesos en la alimentación, el consumo de alcohol, tabaco y otras drogas ha disparado el número de enfermedades. Los problemas de inestabilidad emocional son numerosos, la ansiedad y la depresión están muy extendidas y el porcentaje de casos de suicidios es superior al de épocas anteriores. Ha decrecido en cantidad y calidad el tiempo que las madres y los padres dedican a sus hijos e hijas en la misma progresión que aumenta la cantidad de bienes materiales que les ofrecen, siendo éste uno de los problemas que los sociólogos analizan cuando argumentan que la institución familiar está en crisis.

Estos países más avanzados están sufriendo otra gama de “enfermedades”: la violencia e inseguridad ciudadana, el racismo y los movimientos xenófobos, los problemas de drogadicción y narcotráfico, la emigración que suele crear guetos de miseria en los perímetros de las grandes ciudades, el grave deterioro del medio ambiente, y un largo etc.

Las desigualdades entre países ricos y pobres amenazan el equilibrio del planeta ya que los más desarrollados parecen tener como objetivo aumentar su abundancia (que no parece ofrecer felicidad generalizada entre la población), mientras los desfavorecidos cada vez se ahogan más en la frustración, la decepción, la amargura, el desánimo y la impotencia.

Hoy, que tanto hablamos de la aldea global, debemos ser conscientes de que nuestro planeta es uno solo y de que los efectos negativos de los desequilibrios nos terminan afectando a todos. Un conflicto bélico o la hambruna de una zona provoca una emigración masiva de sus ciudadanos hacia lugares más prósperos que aumentarán los problemas antes mencionados. Los resultados de los índices de las bolsas de Tokio o Nueva York desestabilizan la economía de la mayoría del planeta, por citar algunos ejemplos.

Ya que cualquier conflicto, problema o injusticia puede afectarnos a todos, todos somos responsables de promover los valores humanos que consigan la solidaridad, la apertura y la tolerancia a otras razas y culturas. Compartir con los países más desfavorecidos parte de la riqueza y los conocimientos y, a través de la solidaridad conseguir justicia, igualdad y mayor libertad para todos los pueblos de nuestra aldea global. Porque juntos, y a través del diálogo, podemos buscar soluciones a las diferencias que existan y podemos realizar acciones conjuntas para frenar el deterioro del medio ambiente.

La solución a los graves problemas del mundo actual se halla en la educación y los principales responsables somos los agentes educativos. Como nos recuerda un proverbio

oriental: "Si deseas prosperidad para un año, planta arroz. Si deseas prosperidad para diez años, planta árboles. Pero si lo que deseas es prosperidad para toda la vida, educa a las nuevas generaciones".

1. ¿QUÉ OCURRE CON LOS VALORES?

Un día cualquiera, en cualquier rincón de nuestro planeta, si conectamos el televisor, escuchamos la radio o leemos la prensa, ¿qué información recibimos?. Sin duda, noticias sobre guerras, abusos de todo tipo, corrupción generalizada, inseguridad ciudadana, sucesos violentos, aumento del alcoholismo, la drogadicción y el narcotráfico, extensión peligrosa de la emigración, el racismo y la xenofobia, y un largo etc. ¡Qué difícil mantener una postura esperanzada e idealista!. Parece que el lado oscuro de la naturaleza humana es el que triunfa en los héroes y heroínas de las películas y las series de dibujos animados, pero también en el campo de la política, los negocios, los deportes, y en la vida cotidiana. Francamente, es difícil sentir confianza y solidaridad hacia nuestros semejantes. El ambiente en el que se desarrollan nuestros niños y niñas está contaminado de desesperanza social. A todos nos preocupa la confusión en la que crecen y se desarrollan, pero parece que las soluciones que podemos aportar individualmente no ayudan a mejorar la situación.

Muchos han diagnosticado ya el problema: "Hay crisis de valores".

En la era de la comunicación y de la alta tecnología, los seres humanos nos encontramos inmersos en una especie de laberinto. Desarrollamos una carrera enloquecida, incapaces de encontrar el camino que conduce a la salida. Todo lo hacemos deprisa, como si se nos acabara el tiempo. Dedicamos muchas horas al día al trabajo para poder adquirir bienes materiales, pero no tenemos tiempo para disfrutarlos. Comemos deprisa y con ansiedad, pero después salimos a correr para quemar las calorías consumidas y al regresar a casa volvemos a comer de forma compulsiva. Deseamos la felicidad de nuestros hijos e hijas, pero cada vez les dedicamos menos tiempo de calidad y nos disculpamos alegando que debemos trabajar más para ofrecerles más cosas materiales que les hagan felices. En el siglo XXI, los niños y niñas siguen siendo felices al lado de sus padres. Y éstos son sólo algunos ejemplos de las contradicciones entre sentimientos y actuaciones.

¿Por qué hay tanta desorientación en nuestra vida?.

Muchos consideran que esta forma de vida viene impuesta por una sociedad que no permite vivir de otro modo ya que ha perdido los valores.

¿Qué podemos hacer?. Parar esta carrera loca y sentarnos a reflexionar, atrevernos a encontrar una racionalidad, un rumbo claro a seguir. Si encontramos la causa del problema, estaremos en el buen camino para solucionarlo.

El tema de los valores es relativamente reciente en el mundo de la filosofía y la educación.

En épocas anteriores se consideraban principios religiosos o costumbres culturales.

Actualmente la ciencia que se encarga de estudiar los valores, se denomina axiología.

Los valores han estado presentes desde el comienzo de la humanidad. Son producto de cambios, modificaciones y transformaciones a lo largo de la historia, adquiriendo distintos significados en diferentes épocas. La libertad, la felicidad o la tolerancia son valores, pero su concepción actual dista bastante de la que tuvieron las culturas griegas, egipcias o romanas, por ejemplo.

La significación social marca la diferencia entre los valores tradicionales y los que vivimos en la sociedad actual.

Pero, ¿qué entendemos por valor?. Un valor es una referente que orienta el comportamiento humano hacia la realización personal y el bien social. Es un deber que surge de nuestro interior y desde ahí dirige nuestros pasos en la vida como si fuese una guía. Cuando tomamos una decisión, lo hacemos en función de algún valor que, cuando es superior, puede sacrificar otros valores inferiores.

Prieto Figueroa afirma: "Todo valor supone la existencia de una cosa o persona que lo posee y de un sujeto que lo aprecia o descubre, pero no es ni lo uno ni lo otro. Los valores no tienen existencia real sino adheridos a los objetos que los sostienen. Antes son meras posibilidades." 1.984, p. 186.

Aunque no seamos conscientes, vivimos según los valores, de valores y por valores. La fuerza de los valores es tan grande que nos lleva a reaccionar como por acto reflejo o por instinto.

Los valores nos son entregados por la educación, por la cultura y la tradición. Nos convierten en seres humanos capaces de vivir satisfactoriamente en un contexto social.

Hay crisis de valores". ¿Significa esto que ya no son válidos?, ¿O bien que han desaparecido?.

Por fortuna, los valores están intactos. El problema radica en la falta de jerarquía. Cada

contexto social, según el ambiente y la época, otorga protagonismo a ciertos valores sobre otros. Unos son considerados fundamentales, universales, esenciales, etc., mientras otros son relativos, particulares, específicos, contingentes, etc. En la sociedad actual, todos se sitúan en el mismo nivel, no hay valores superiores que velan por el bien común del contexto social y valores inferiores para el beneficio personal.

Si los valores son las señales a las que recurrimos para tomar las decisiones que dirigen nuestro camino por la vida, necesitamos una jerarquía que nos sostenga y nos oriente. En caso contrario, nos desorientamos, dudamos en la toma de decisiones y no hacemos lo que debemos, pero tampoco lo que queremos. En esa tesitura solemos actuar al azar o elegimos lo que elige la mayoría para no pensar demasiado.

¿Por qué ha desaparecido la jerarquía?. En parte, por la ausencia de la autoridad que la enmarcaba.

Si repasamos la historia de la humanidad, veremos que han existido, principalmente, dos formas de justificar la autoridad de la vida en sociedad: la tradición, donde los valores se transmitían de generación en generación y la religión, que marcaba las normas impuestas por voluntad divina. Aunque estas formas tienen en parte vigencia, su valor no está determinado por la autoridad sino por la razón del hombre y la mujer.

Después de la Ilustración se concedió a la persona un ámbito privado en el que no debe interferir el poder público si no es con su consentimiento. Esta defensa progresista ha posibilitado la libertad de expresión y de conciencia. El liberalismo se ha convertido en la filosofía de vida en la sociedad occidental. El ámbito privado es un espacio de soberanía del individuo, siempre que no cause perjuicio o afecte a la libertad de los demás. En palabras de Kant: "Es lícito a cada uno buscar su felicidad por el camino que mejor le parezca, siempre y cuando no cause perjuicio a la libertad de los demás para pretender un fin semejante".

En las sociedades occidentales aceptamos que cada persona posea pluralismo de formas, objetivos y valores en su ámbito privado. Los sistemas normativos de la moral, al estar relegados a la privacidad, no aseguran una jerarquía común de valores para el contexto comunitario.

Hace ya algún tiempo que sentimos insatisfacción por las consecuencias a que nos ha llevado este enfoque liberal de la educación. Los docentes, por miedo a caer en autoritarismos, intromisiones en la esfera privada o adoctrinamientos, hemos llegado a pensar que cada niño o niña llega a diferenciar por sí mismo lo que "está bien" y lo que "está mal", y a adquirir sus propios valores. Como consecuencia de este "analfabetismo moral" por abandono educativo, muchos jóvenes se han convertido en adultos con cierta "desorientación ética y moral", y hoy son los responsables de una nueva familia.

En las últimas décadas, y como consecuencia de la herencia liberal, la educación institucionalizada ha excluido los valores como objetivo explícito en sus programas. Se ha considerado el tema como potestad exclusiva de la familia, responsabilizando a este ámbito de la transmisión de una escala de valores coherente. Mientras, la educación formal se ha estructurado en función de enfoques técnicos y academicistas.

Los docentes nos encontramos con una demanda contradictoria: por una parte la sociedad nos pide que promovamos el desarrollo ético y moral individual, respetando la libertad de pensamiento, y por otra parte, que socialicemos eficazmente a las nuevas generaciones para el mundo adulto.

La coexistencia de ambos objetivos no es tarea fácil. MacIntyre (1.991) lo define así: "Los maestros son la esperanza perdida de la cultura de la modernidad. Porque la misión a la que los maestros de nuestro tiempo están destinados es, a la vez, esencial e imposible. Es imposible, porque los dos propósitos principales que se les piden, en las condiciones de la modernidad occidental, son mutuamente incompatibles: adaptar al joven a cierto rol particular y a una ocupación en el sistema social, y habilitarlo/la para pensar por sí mismo/a."

La educación hoy no puede limitarse a transmitir conocimientos, sino educar para la vida, de modo que los niños y niñas aprendan a ser y a convivir. La clave puede encontrarse en la calidad de la educación encaminada a la acción moral, no al juicio moral.

LA CALIDAD DE LA EDUCACIÓN Y LOS VALORES

En las últimas décadas hay un debate permanente acerca de la calidad de la educación. En muchos países se emprenden reformas estructurales y aumentan los presupuestos destinados a la enseñanza. No obstante, continua la sensación de insatisfacción respecto a los resultados. Las familias, los alumnos y alumnas, y la sociedad en general, sienten cierta frustración por los rendimientos de la educación formal, acusándola de ineficaz. También los profesionales de la educación nos lamentamos de no obtener unos resultados de calidad por condicionantes del entorno sociocultural, que están fuera de nuestro control.

Posiblemente, el problema radica en la falta de definición, clara y consensuada, de los términos de la calidad educativa y de sus objetivos. Todos los agentes que intervienen en el proceso (Administración, medios de comunicación, centros educativos, familias, etc.) deben llegar a un acuerdo sobre el modelo de calidad educativa a la que aspiran, y desarrollar acciones concretas para lograrlo.

Precisamente, la calidad de la educación está determinada por la escala de valores que sirve de referente para todas las decisiones que se expresan en el currículo. A este código, escala o jerarquía de valores solemos referirnos como “currículo oculto”, como si fuera algo sobre lo que no debemos debatir.

Sin embargo, los componentes del “currículo oculto” marcan la dirección que toman cada uno de los aspectos que configuran cualquier Proyecto Educativo. Cambiar o reformar el currículo visible, sin tener en cuenta el oculto, supone cuestionar el cómo de la educación, sin plantear el para qué.

Es necesario plantearse las diferentes perspectivas desde las que podemos concebir la acción educativa porque, según la opción elegida, los elementos que intervienen en el proceso y los criterios de calidad, son muy distintos. A cada perspectiva le corresponde un enfoque axiológico porque la escala de valores de un centro educativo no está definida por la declaración de intenciones, sino por la coherencia del programa curricular. Según Abilio de Gregorio García (“Educación y valores”, 1.995), las diferentes perspectivas educativas pueden dividirse en:

Perspectiva Instruccional

Considera la escuela como un lugar para la transmisión de conocimientos, la recepción de información y el dominio de los lenguajes de cada disciplina. Los contenidos se refieren a datos, hechos, conceptos y principios que el alumno o alumna debe conocer, comprender y memorizar siguiendo el orden de lo más simple a lo más complejo y de lo genérico a lo específico.

En esta perspectiva, los objetivos se eligen dentro del ámbito cognitivo y consideran que cualquier otra finalidad que no sea instruccional, es responsabilidad de otras instancias ajenas al centro. El educador utiliza una metodología que asegura la atención del alumno o alumna y la mejor estructuración de los conocimientos para su comprensión y memorización. La organización del Centro está basada en crear un clima disciplinario para la concentración del alumno o alumna y rentabilizar su rendimiento académico.

En este modelo no se considera importante la participación de la familia si no es para reforzar las enseñanzas del aula.

La calidad está determinada por la cantidad de conocimientos de los alumnos y alumnas y el desarrollo de habilidades para adquirir nuevos conocimientos.

Perspectiva Reproductora

En esta concepción, la sociedad financia y determina los aprendizajes. La escuela satisface las demandas de la sociedad facilitando la integración del alumno, ciudadano y productor del sistema, para mantener sus estructuras sociales, culturales y económicas. El currículo es un mecanismo de socialización que transmite los conocimientos, las cualidades y las actitudes que demanda la sociedad.

El educador debe conocer las demandas sociales y traducirlas a los contenidos, formando a los alumnos y alumnas en las actitudes que el sistema va exigiendo. En unos momentos se puede incentivar la obediencia o la disciplina y en otros, la independencia o la competitividad. La organización de los centros educativos debe parecerse al ambiente social al que facilita la integración de los alumnos y alumnas.

La calidad está determinada por la rentabilidad individual y social vinculada a aspectos económicos, e incluso políticos.

Perspectiva Anticipadora

Aquí no se trata de interpretar la sociedad en la escuela, sino de transformar la sociedad a través de ella. La educación necesita anticipar los cambios que se desea se produzcan en la sociedad.

En esta perspectiva, siempre hay componentes ideológicos que definen los objetivos educativos. Ante los problemas de la sociedad, habitualmente escuchamos: “esto debe corregirse a través de la educación”, con estas palabras se le pide a la educación una función anticipadora.

La misión del educador es poner al alumno o alumna en contacto crítico con el entorno para que comprenda sus disfunciones y crearle la necesidad de intervenir para cambiarlo.

Los contenidos respecto a los conocimientos son tan relevantes como los procedimientos y las actitudes, La organización de los centros debe ser coherente con el modelo que se pretende anticipar. Se busca un aprendizaje cooperativo, reforzando las capacidades de

transformar, de construir, de creatividad, de iniciativa, etc.

La calidad educativa debe apreciarse en el futuro, cuando se compruebe que la escuela ha sido el agente propiciador de los cambios del entorno. En el momento presente, los indicadores de la calidad están determinados por los comportamientos que promueve y que se corresponden con el modelo social a alcanzar.

Perspectiva Personalizadora

Desde este enfoque se persigue que el niño o niña sea protagonista de su propia educación, ayudándole para que sea cada vez más persona. La formación es un medio, no un fin, para la construcción de su personalidad. El contexto social es tenido en cuenta, pero no es un determinante, y los cambios que pueda aportar a la sociedad los decide el alumno o alumna como consecuencia de su crecimiento personal.

Los centros que adoptan esta perspectiva suelen afirmar la pretensión de una educación integral que desarrolle las potencialidades de cada niño o niña. Esta aseveración carece de valor si no se clarifican cuáles son las potencialidades que se le reconocen. Habrá que partir de una concepción de persona para definir la práctica educativa.

Los objetivos están formulados en términos de capacidades que desplieguen todas las potencialidades para que el niño o niña sea cada vez más "sí mismo", más independiente, más autónomo y más libre. Estos objetivos deben hacer referencia a los diferentes ámbitos intelectuales y emocionales, pudiendo establecer más subdimensiones.

Los contenidos deben ser seleccionados para la personalización del niño o la niña, estimulando su pensamiento autónomo y creativo, y teniendo en cuenta las actitudes que abarcan todos los ámbitos de la personalidad.

La organización de los centros ha de propiciar el crecimiento personal, la interacción con las familias y con el contexto social.

El educador interactúa con el niño o la niña, le acompaña, motiva, estimula, impulsa, etc., para que pueda realizar un aprendizaje significativo.

La calidad educativa está determinada por factores cualitativos. No son tan importantes los conocimientos como los procesos del aprendizaje y su importancia para la formación de la personalidad.

La educación personalizadora desarrolla un abanico amplio de valores y el sistema jerárquico de los mismos está vinculado a la estructura de la personalidad.

Este tipo de educación se plantea como un proceso interno, cuyas etapas corresponden a las de la conformación de la personalidad. A lo largo del proceso, los niños y niñas van adquiriendo y consolidando, no sólo conocimientos, también las actitudes que son la base de sus comportamientos y acciones. Siempre teniendo en cuenta que, sólo se educa a sí mismo el niño o la niña que crece en libertad, porque evoluciona desde la total dependencia hasta la autonomía plena, de forma gradual.

Los logros fundamentales del desarrollo de la personalidad consisten principalmente en la formación de la autoconciencia y de una subordinación y jerarquización de motivos. Gracias a esto, el niño y la niña adquiere un mundo interior bastante estable, que le permite una participación activa y consciente en el mundo que le rodea e imprime a su conducta una determinada tendencia.

SE IMPONE LA REFLEXION

A través de la educación, debemos ayudar a los niños y niñas a crecer como personas libres, con capacidad crítica, exigiendo lo mejor que cada uno puede aportar de sí mismo a la sociedad, ayudando a formar su carácter y a que aprendan a conducirse razonablemente a través de la interiorización de roles y valores morales y sociales.

La educación potencia las posibilidades que la naturaleza, la herencia o el entorno han ofrecido al niño o la niña. Nunca debe tratar de cambiarle según un patrón dado, sino estimular en él o ella lo mejor de lo que lleva en sí mismo, encauzando y enriqueciendo su potencial.

A través de la educación podemos formar nuevas generaciones que conozcan y comprendan el mundo y se comprometan a mejorarlo día a día. Apoyándose en el conocimiento de las diferentes culturas y los nuevos conocimientos que aportan las disciplinas científicas, humanísticas y artísticas, la educación debe adaptarse a los nuevos retos y oportunidades de la sociedad contemporánea.

Para conseguir este difícil objetivo, hay que conseguir la colaboración de la familia y procurar el apoyo de toda la sociedad.

TODOS LOS AGENTES EDUCATIVOS DEBEMOS TRANSMITIR UNA ESCALA DE VALORES COHERENTE

De este modo se orientarán los sentimientos, deseos y emociones para que las nuevas generaciones sigan un modelo, un cauce determinado aunque, a través de su experiencia, cada uno opte por elegir libremente otro cauce, creando un modelo propio.

Sin duda, aceptar el reto que supone una educación para el desarrollo de los valores humanos, convierte a los educadores y educadoras de todo el mundo en las personas capaces de cambiar las insatisfacciones de la sociedad actual.

Como Goldwing, considero que nuestro objetivo primordial es engendrar felicidad. Tal vez, algún día, al conectar la radio o el televisor, o al leer la prensa, las noticias transmitan la paz, la solidaridad, la esperanza, el entusiasmo y otros muchos valores, que los educadores del mundo hayamos sabido transmitir a nuestros niños y niñas.

LA ESCUELA: UN LUGAR PARA APRENDER A SER Y A CONVIVIR

"El espíritu de la educación es el conocimiento, no de los hechos, sino de los valores!".

William R. Inge

La infancia es un punto de partida para la creación de un proyecto personal. En este proyecto casi todo es posible y, a medida que se va desarrollando, se realizan los cambios necesarios para que el niño o la niña llegue a ser.

Cada niño o niña es un ser humano único, original e irreplicable, el más perfecto y bello producto de la Naturaleza. También, y debido a las influencias del ambiente, llega a ser el producto de la cultura en la que se desenvuelve.

En el mundo civilizado, en especial en el medio urbano, la formación del niño o la niña se desarrolla de forma distinta a lo dispuesto por la Naturaleza. La satisfacción de su existencia depende tanto de su persona como del entorno que le rodea, y este ambiente externo ha de serle favorable de modo que no amenace su seguridad, ni obstaculice su necesidad de satisfacción.

La educación debe respetar y potenciar la individualidad del niño o la niña pero teniendo en cuenta que no es un ser aislado sino un sujeto social que nace y crece en comunidad y evoluciona hacia la independencia en función de la calidad de relaciones humanas que establezca.

El niño o niña dispone de naturaleza sociable desde que nace, está concebido para la convivencia. A medida que crece va siendo capaz de asumir responsabilidades como miembro de la sociedad y de aportar a ésta su originalidad, que nunca debe confundirse con egoísmos caprichosos.

Partiendo de esta premisa y sabiendo que el niño o niña cuando nace desconoce los roles, las normas, las pautas y los valores morales y sociales de su comunidad, los agentes educativos nos convertimos en facilitadores de experiencias y relaciones que promueven su madurez social, de forma progresiva.

El ser humano, a través de su experiencia, selecciona, elige y hace suyo un sistema de valores y, llevándolo a la práctica, desarrolla una conciencia moral y adquiere el compromiso individual de organizar su conducta. Por eso, la educación ha de cargarse de un contenido moral que ofrezca una guía de conducta al niño o la niña desde su primera infancia, promoviendo la madurez interna necesaria para adquirir una conciencia moral autónoma.

No basta con poseer un cerebro humano para que surjan cualidades psíquicas humanas. El cerebro y la mente no existen de forma aislada, se ubican en un cuerpo que se desenvuelve en un contexto cultural. El cerebro dispone de potencial para desarrollarse plenamente en cualquier cultura, pero la influencia del contexto en el que va a desarrollarse, es un factor que determina en parte su estructura y organización desde que comienza a formarse. Esta es una época apasionante, de grandes avances en el conocimiento del funcionamiento cerebral. Sin embargo, aunque lleguen a conocerse con detalle cada una de las funciones cerebrales, nunca se encontrará un área encargada de procesar y almacenar los valores morales y sociales porque intervienen demasiadas estructuras cerebrales.

La educación, como proceso de formación de individuos para desenvolverse con éxito en un contexto social y cultural, debe adaptarse a las características de la comunidad en la que tiene lugar porque ese entorno tiene una cultura preestablecida formada por su historia, sus creencias y costumbres, sus valores sociales y morales, sus hábitos de comportamiento, etc. El pequeño o pequeña, en las primeras etapas del desarrollo, se abre al conocimiento de sí mismo, del mundo que le rodea y de las personas de su entorno, es decir, se educa influenciado por el ambiente en que se desenvuelve. Este ambiente debe ofrecer unos modelos de roles y valores positivos aceptados por la comunidad, ayudándole a alejarse de los valores negativos o los contravalores.

Reconocer a la escuela como un contexto para aprender a ser y a convivir, es un aspecto

educativo relativamente novedoso que implica la aceptación de que no nacemos siendo humanos, sino con la capacidad potencial para llegar a serlo.

Siguiendo las directrices del informe elaborado por el Dr. Delors para la UNESCO, la escuela ha de garantizar las experiencias necesarias que desencadenen el proceso para que el niño o la niña aprenda a conocer, a hacer, a vivir y a ser. Yo me permito añadir y "a convivir". El Dr. Delors afirma que la educación tiene una doble misión: "Enseñar la diversidad de la especie humana y contribuir a una toma de conciencia de las semejanzas y la interdependencia entre todos los seres humanos. Desde la primera infancia, la escuela debe, pues, aprovechar todas las oportunidades que se presenten para esa doble enseñanza". Partiendo de estas aceptaciones, la comunidad escolar debe asumir y compartir algunas funciones educativas que, en épocas anteriores, la sociedad encargaba exclusivamente a la familia. Para alcanzar el éxito en esta misión, es necesario hablar menos de valores y pasar a la acción. Cada centro escolar debe elaborar un proyecto en el que el ámbito familiar y el escolar proporcionen experiencias coherentes que desencadenen los procesos de aprendizaje que promuevan el "ser, conocer, hacer, vivir y convivir".

No podemos proyectar la educación en valores basándonos sólo en la intuición o estimulando valores al azar. Necesitamos informarnos y formarnos como lo hacemos en cualquier otro ámbito de nuestro trabajo cotidiano. El profesor William Damon lo explica en el prefacio de "The Moral Child":

La investigación científica sobre la moralidad de los niños tiene un gran potencial para ayudarnos en nuestro deseo apremiante de mejorar los valores morales de los niños. Sin embargo, se trata de una potencialidad que aún no ha sido aprovechada porque gran parte de dicha investigación resulta desconocida para el público, es ignorada como algo ajeno a la cuestión, o es desprestigiada al considerársela un disparate sin contacto con la realidad...En parte el trabajo erudito sobre la moralidad de los niños resulta oscuro porque ha quedado limitado a publicaciones académicas y se ha difundido en una serie de escritos profesionales desiguales."

No se trata de elaborar grandes proyectos idealistas, difíciles de realizar y evaluar. La educación para el desarrollo de valores supone facilitar experiencias para que cada niño y niña descubra su propia identidad, su deseo de quién y cómo desea ser, de convertirse en protagonista de su propio proyecto personal.

En este proyecto, los adultos acompañamos su experiencia diaria para que reconozca los pensamientos, los sentimientos y las emociones asociadas a las acciones y aprecie las diferencias entre valores (amistad, solidaridad, ayuda, altruismo, afectividad, etc.) y contravalores (individualismo, injusticia, egoísmo, agresividad, etc.), además se ayudanles a superar los riegos de las modas, el pensamiento único o las ideas colectivas.

En la actualidad, un educador como facilitador de conocimientos solamente, es un profesional prescindible. Ante todo, es un modelo valioso y un espejo donde los niños y niñas se ven reflejados para llegar a ser y a convivir de forma satisfactoria. Es una persona que ha recorrido un largo camino para construir su propio proyecto personal, que vive en valores y los transmite. Dentro de su jerarquía de valores, ha de situar en lugar privilegiado el de ayudar a las familias para que obtengan la orientación necesaria que contribuya a la formación de los niños y niñas para que se conviertan en los hombres y mujeres que mañana mejorarán nuestra sociedad.

LA FAMILIA, ES EL PRIMER CONTEXTO SOCIAL

La familia, además de ser la transmisora de la herencia genética, representa el primer contexto social donde el niño o la niña se desenvuelve. Por lo tanto, es el pilar básico de la educación y la socialización, porque la personalidad infantil se forma en la relación con los demás y de la calidad de las experiencias familiares va a depender la madurez y el equilibrio emocional del niño o la niña.

La familia está constituida principalmente por padre, madre, hijos e hijas que forman una comunidad basada en un hogar común y las interrelaciones de sus miembros. Dentro de la comunidad familiar, los principales educadores son el padre y la madre que se encargan del bienestar y la salud física y psicológica, de establecer las normas de convivencia y moldean la conductas de los hijos o hijas a través de su experiencia y actuaciones.

La familia es un ámbito donde la persona debe sentirse atendida, acogida, aceptada y amada incondicionalmente.

Todas las familias de una misma cultura comparten criterios sobre las costumbres, las normas de comportamiento, los roles y los valores. Enseñan al niño o la niña a comportarse según se espera en la cultura en que vive acompañándole y dirigiéndole desde la total

dependencia hacia la autonomía y madurez.

Como todo entorno de convivencia, la familia tiene reglas que, habitualmente marcan los progenitores. Con ellas se definen las expectativas sobre el comportamiento de los componentes del grupo en diferentes contextos y circunstancias y las consecuencias de sus actos.

A través de la experiencia diaria el niño o niña va aprendiendo las reglas expresas, los progenitores o los hermanos mayores las reconocen y comunican abiertamente y el niño o niña sabe claramente lo que se espera de su comportamiento. Sin embargo, en todas las familias existen reglas tácitas que se van comprendiendo a través de la experiencia, pero que no se reconocen abiertamente, e incluso en muchos casos se niegan. La mayoría de estas reglas niegan el derecho a tener determinados sentimientos y emociones como enfurecerse, sentir miedo, tristeza o celos, discutir para defender un criterio o postura o bien relacionarse a través del conflicto o la discusión, etc. Además de la ansiedad que siente el niño o niña por las consecuencias de infringir una regla tácita, también existe la culpabilidad por los propios sentimientos y emociones, además de la necesidad de ocultarlos.

La ansiedad que supone el temor a lo desconocido y la culpabilidad son sentimientos corrosivos y paralizantes, por ello el niño o niña es capaz de comportarse como los padres esperan de él para evitarlos, aunque esto provoque otros sentimientos autodestructivos. Los padres aprenden a controlar la conducta del hijo o hija a través de estos sentimientos y amenazan con privarle de su afecto, o le provocan temor a ser abandonado. Este tipo de acción es mucho más eficaz que el castigo físico o la privación de beneficios, privilegios o bienes materiales. El temor a ser abandonado o que los padres dejen de quererle, le provoca tal ansiedad que cambia su conducta para no sentirla.

También es habitual que los hijos se sientan responsables del enfado y la ansiedad de los padres, aunque en alguna ocasión ellos no sean los causantes. A través de estas experiencias dolorosas aprenden a respetar reglas que nadie les ha explicado y de las que nunca se habla, pero también aprenden que es arriesgado ser "uno mismo" y a sentirse culpables por sus sentimientos y emociones.

La familia es mucho más que la suma de sus miembros. Cada uno desarrolla una personalidad propia en relación, y como respuesta, a las otras personalidades que, a su vez, se desarrollan y modifican como respuesta a la suya. Cualquier cambio o problema afecta a todos los miembros y requiere un proceso de adaptación mutua para restablecer el equilibrio. Del modo de adaptarse o reequilibrarse de cada uno de los miembros va a depender, no sólo el equilibrio del conjunto, sino también el bienestar general de la familia.

Los equilibrios y contraequilibrios que se producen en la familia afectan para toda la vida. Un matrimonio que forma su nueva familia no es una entidad separada. La felicidad o los problemas no son sólo fruto de la convivencia de dos personalidades. En realidad es el acoplamiento de las experiencias en sus respectivas familias porque los valores y las actitudes de cada uno con respecto a cualquier cosa o situación se forjaron en sus propios ámbitos familiares, bien de forma similar u opuesta a la de sus padres.

En palabras de Carl Gustav Jung: " Cuanto más intensamente haya impreso la familia su carácter en el hijo, tanto más tenderá el hijo a sentir y ver nuevamente su diminuto mundo anterior en el mundo más grande de la vida adulta".

LA FAMILIA EN LA ACTUALIDAD

Son grandes los cambios que la familia ha sufrido en los últimos años. Ha reducido el número de miembros, en muchos casos se limita a padre, madre e hijo o hija. Con la incorporación de la mujer al mundo laboral, hay mayor independencia económica de cada uno de los cónyuges y un mayor reparto de las responsabilidades y tomas de decisión. También se observa una disminución cuantitativa y cualitativa del tiempo que los padres dedican a los hijos. Hay cambios importantes en los roles tradicionales de los progenitores y disminuye la edad en las que los hijos e hijas se escolarizan por primera vez.

El aumento de estructuras formadas por parejas inestables, los divorcios, el número de familias monoparentales, etc, nos hace pensar en una disminución del porcentaje de niños y niñas que conviven de forma estable durante la infancia y la niñez con los padres biológicos. Sea cual sea el tipo de familia en la que se desarrolla el niño o la niña, debe prevalecer su naturaleza formativa y educativa.

En la era de la comunicación los cambios de costumbres, normas y relaciones sociales se suceden con rapidez. En una sociedad de abundancia y consumo (siempre comparada con épocas anteriores) se observa un deterioro en valores éticos y morales. En su mayoría, los padres y madres sienten incertidumbre con respecto a la sociedad del futuro y desorientación en el presente.

Los padres no pueden educar a sus hijos e hijas del mismo modo que fueron educados, la sociedad ya no transmite sus roles y normas de una generación a otra. Los cambios son demasiado rápidos y las normas se van estableciendo a medida que se suscitan nuevas situaciones.

Ante la falta de claridad en la forma de educar a los niños y niñas, cada uno de los progenitores tiende a restablecer la dinámica de su familia original en la nueva que ha formado, repitiendo muchos de los errores educativos sufridos y que siempre juró no cometer, o bien haciendo todo lo contrario como forma de rebelarse. Al margen de los errores mencionados, la situación lleva a la disparidad de criterios entre los cónyuges, se crean ambientes cargados de permisividad, sobreprotección, autoritarismos desmesurados, etc.

La familia debe ofrecer una educación correcta que posibilite un progreso adecuado de los hijos e hijas optimizando los potenciales de aprendizaje, de relación, de autonomía personal y social porque, en definitiva, la educación está encaminada a la construcción del hombre y la mujer.

El brevísimo análisis anterior no debe llevar al desánimo, sino a la reflexión sobre algunos aspectos de la actuación de los padres y las madres. Los educadores podemos y debemos orientarles con objetividad y profesionalidad en temas tan importantes como los siguientes:

*

Ejercer la autoridad con diálogo y tolerancia. No se trata de mandar como ejercicio de poder, de discutir, de imponerse por la fuerza, sino de buscar la razón y la coherencia que ayudan a formar conductas responsables.

*

El respeto a la individualidad y a la dignidad del niño o la niña, que no es una propiedad o capricho de los padres. Estos deben asumir su responsabilidad de ayudarlo y dirigirle hacia su madurez ofreciendo, gradualmente, mayor libertad y autonomía que le ayuden a sentirse útil, responsable de sus actos y asumir las consecuencias que se derivan de ellos.

*

Los padres y madres que vivieron su infancia y adolescencia sometidos a la tiranía de unos progenitores autoritarios y despóticos deben superar sus frustraciones, alejando la intransigencia y el autoritarismo de su relación con los hijos e hijas.

*

El entorno familiar, como contexto social, debe establecer una serie de normas, pero esto no justifica los hogares excesivamente normados e inflexibles.

*

Los hogares permisivos, donde los niños y niñas hacen lo que les place, les convierte en desordenados, inseguros, incapaces de realizar el mínimo esfuerzo para conseguir un objetivo, no adquieren una conciencia que dirija su conducta y no tienen capacidad de interiorizar normas morales. Estos hogares suelen ser fruto de los padres egoístas que tienen desinterés por la educación de sus hijos o hijas.

*

Vivir implica superar pequeñas frustraciones y dificultades diariamente. Los padres protectores en exceso evitan que el niño o la niña se esfuerce o que se enfrente a problemas, toman la iniciativa por él y le facilitan todo. En estos casos, los niños o niñas se sentirán ineptos, inferiores, inseguros y dependientes de sus padres.

*

El amor entre el padre y la madre, y el amor de ambos hacia el niño o la niña facilita el crear un clima de aceptación, respeto, seguridad, confianza y afecto. En este clima no caben los juicios de valor hacia las personas, tampoco las comparaciones, las luchas de poder, o las expectativas desajustadas.

*

Nunca debe olvidarse que los padres son el modelo a imitar por los niños y niñas, el espejo en el que se miran. Los pequeños hacen lo que ven hacer, no lo que se les dice que hagan.

Siempre está bien recordar las siguientes palabras de Theodore Isaac Rubin sobre "El hogar cooperativo o motivador":

Ningún hogar es del todo cooperativo y pocos hay que sean totalmente destructivos. Pero el hogar donde hay cooperación está principalmente vinculado al verdadero bienestar de todos sus miembros y particularmente de aquellos que aún no son autosuficientes.

Respecto a esto, el ambiente debe ser seguro, protegido e interesante. Esto significa que las personas pueden ser ellas mismas, expresar sus sentimientos, intercambiarlos, equivocarse, experimentar y crecer para adquirir una personalidad propia.

La familia ofrece un entorno lleno de sustento: cuidados físicos, afecto y sustento emocional a través del intercambio de pensamientos y sentimientos y estímulo creativo a través de la participación enriquecedora.

El hogar saludable transmite a sus miembros alegría a través de la ayuda, el conocimiento mutuo y la autorrealización. En vez de fomentar sentimientos competitivos, los logros y satisfacciones individuales se sienten como éxitos de la familia entera sin afectar a las necesidades o a la individualidad de cada miembro.

En la familia existe aceptación mutua, que en gran parte es incondicional. Hay poca preocupación por lograr igualdad o repartos equitativos, desterrando la rivalidad corrosiva, los favoritismos y suspicacias. Los miembros de este tipo de familia consideran que lo que obtienen está en relación con sus necesidades.

En la familia poco estimulante, el que dicta las normas acostumbra a ser aquel que grita más, independientemente de su capacidad. Sin embargo, en los hogares sanos las personas contribuyen con sus conocimientos de forma positiva, la ayuda se recibe con alegría y nadie se siente rebajado por ella.

En este entorno es imprescindible que sus miembros tengan una identificación familiar sólida y traspasen los límites de la familia nuclear en sus lazos afectivos, sintiendo que pertenecen a un grupo del que obtienen fortaleza, solidez y vínculos fuertes más allá de las diferencias generacionales.

Los miembros de una familia sana demuestran sentimientos firmes, valores, prioridades y conciencia social. Se escuchan entre sí, no se comparan ni compiten, son flexibles, tolerantes, se dan a sí mismos y no ponen condiciones a los sentimientos de cariño, afecto y amor.

APTITUDES DE LOS PADRES Y LAS MADRES QUE FAVORECEN EL DESARROLLO DEL POTENCIAL INFANTIL Y LA INTERIORIZACIÓN DE VALORES

Los dos progenitores deben asumir las responsabilidades educativas, definir claramente el tipo de educación que desean, fijar las pautas de actuación y ser constantes en la labor emprendida.

El padre y la madre no pueden comprender al niño o la niña si no son capaces de colocarse desde su punto de vista interior, para ver las cosas como él o ella las ve. Sólo con un grado elevado de empatía le comprenden y aceptan incondicionalmente.

No deben imponer a los niños y niñas las pautas de comportamiento de los adultos, pretendiendo que actúen como "hombres y mujeres con tamaño reducido".

La permisividad produce falta de control interno, convierte a los niños y niñas en egoístas y oportunistas e impide su evolución hacia la madurez. La sobreprotección transmite sensación de incapacidad e inseguridad, lesiona la autoestima y bloquea el crecimiento emocional.

No hay que temer a la libertad del niño o la niña. Total. Los adultos deben ir marcando márgenes y pautas que se van ampliando en libertad y responsabilidad a medida que el pequeño o pequeña puede asumirlas. El exceso de normas, mandatos y prohibiciones, no estimulan la independencia ni la responsabilidad, sólo asfixian la libertad.

La autoridad y la firmeza son necesarias para promover valores y capacidades. Es la actitud que facilita la interiorización de normas de conducta. La autoridad bien ejercida tiene el objetivo de alcanzar la progresiva madurez y responsabilidad de los niños y niñas. La autoridad no debe confundirse con el autoritarismo que reprime la iniciativa, impide el desarrollo de los recursos internos y convierte al niño o la niña en conformista que acata los criterios de los demás o en continuo rebelde.

En el hogar hay que mantener la disciplina. Aunque este valor está desprestigiado, es imprescindible para establecer y conservar el orden, adaptando la conducta de los niños y niñas a las normas y restricciones que impone la convivencia en sociedad. La disciplina no autoritaria evita la amenaza y el castigo, lleva a los niños y niñas hacia la disciplina interior que dirige y canaliza las capacidades hacia la consecución de objetivos y metas en la vida. Los padres y las madres pueden y deben fomentar la autoestima elevada en los niños y niñas. Con intuición y habilidad de empatizar comprenden, desde su mundo interior, los sentimientos y las emociones, cuidando de no lesionar la opinión que sobre sí mismos comienzan a forjar.

Esta pequeña muestra de actitudes puede resumirse en el deseo de crear un clima afectivo y de seguridad para los niños y niñas. Esto sólo puede conseguirse cuando sienten valoración y sincero aprecio por los niños y niñas simplemente porque existen, porque cada uno es un

ser especial al que quieren, con independencia de que aprueben o no lo que hace. Si consiguen que cada niño o niña se sienta apreciado por como es, no por como les gustaría que fuese, si valoran la cantidad y calidad de tiempo que les dedican en exclusiva con atención concentrada y abierta a sus cualidades individuales. Sobre todo cuando el niño o la niña siente que le dicen "me interesas y te quiero".

Es imprescindible mantener la unidad de criterios, no discutir delante de los hijos e hijas, evitar la violencia verbal, física o psicológica y no contradecirse.

Deben ser coherentes en todo momento, admitir los errores, pedir perdón cuando sea necesario y saber perdonar de corazón.

El padre y la madre deben elegir juntos el Centro de Educación para los hijos e hijas.

Comprobar que el Proyecto Educativo persiga objetivos afines a los que busca la familia.

También realizarán un seguimiento de la labor educativa del Centro, asegurándose de que se persigue la formación integral del hijo o hija en todas las dimensiones madurativas.

Es necesario que participen en la Comunidad Educativa y, sin llegar a intromisiones, mantener una comunicación continua con los profesores.

El padre y la madre son los principales modelos a seguir por los hijos e hijas y van a transmitir los valores morales y sociales que poseen a través de sus actuaciones diarias. Son muchos los valores necesarios para que lleguen a sentirse seres humanos realizados, entre ellos se pueden destacar:

Conocimiento, comprensión y aceptación de las personas del entorno tal como son, no como nos gustaría que fuesen.

Amor, afecto, cordialidad, amabilidad. Además de querer a los miembros de la familia, debemos asegurarnos de que éstos se sientan queridos.

Buen humor, optimismo, paz, serenidad y tranquilidad para transmitir alegría de vivir.

Paciencia, autoridad, disciplina y firmeza para que el niño o niña pueda interiorizar una escala de valores que sean punto de referencia en sus actuaciones.

Calor humano, confianza, sinceridad y respeto que creen un hogar afectivo para consolidar la autoestima y la estabilidad emocional del conjunto de la familia.

Disponibilidad y constancia en dedicar tiempo de calidad para las relaciones entre los miembros de la familia.

LA COMUNIDAD ESCOLAR. LOS RETOS ACTUALES.

La Comunidad Escolar es mucho más que un Centro Docente. Es un entorno formado por personas que se interrelacionan y utilizan medios y recursos para lograr sus fines, evitando la educación exclusivamente técnica, porque la Comunidad Escolar trata de formar y educar, no de instruir y enseñar.

Los Centros Docentes deben asumir la responsabilidad de crear auténticas Comunidades Educativas donde la interacción familia-Centro promueva entornos que ofrezcan aceptación, seguridad, comprensión y afecto incondicional a los niños y niñas. También pueden y deben ofrecer formación, información, apoyo, asesoramiento, comprensión y afecto a los padres y las madres. De este modo se logrará optimizar el desarrollo del potencial innato de los niños y niñas, transmitiendo una jerarquía de valores morales y sociales coherente.

La tarea diaria de los docentes es la de llevar con amor los grandes principios de la Pedagogía al terreno de lo concreto y lo cotidiano, conocer los avances y descubrimientos de las ciencias que intervienen en la formación del ser humano y transformarlas en práctica educativa, siempre con la mirada dirigida al futuro de la sociedad.

El Centro Escolar comprometido en la labor educativa debe adaptarse a las características de la comunidad en la que desarrolla su labor para ser eficiente y eficaz porque el entorno donde está ubicado tiene una cultura preestablecida, formada por su historia, sus creencias y costumbres, sus valores morales y sociales, sus hábitos de comportamiento, etc.

La escuela supone una estructura intermedia entre la propia familia y la integración del niño o la niña en los demás estamentos sociales, siendo uno de los elementos básicos para la socialización y donde los aspectos relacionales adquieren gran relevancia.

El Centro Escolar está formado por espacios y materiales, pero también por relaciones e interacciones que crean un ambiente propio que lo identifica y dota de carácter propio. El niño o la niña desarrolla gran parte de su vida en el entorno escolar, por eso es necesario crear un clima afectivo que encuentre continuidad en la familia, evitando vivencias de doble aspecto pedagógico.

La organización del entorno ha de responder al modelo educativo que establecen los educadores y facilitar las relaciones, las pautas de convivencia, la autonomía, etc., siendo parte activa en el proceso enseñanza-aprendizaje.

Garantizar un ambiente que ofrece seguridad, calidez, confianza y afectividad supone

disponer de espacios acogedores para los niños y niñas, con un clima que facilite el encuentro y la comunicación, que estimule la exploración, la experimentación, la creatividad, etc. Pero, sobre todo, que acepte los intereses, las necesidades, los sentimientos, las emociones y los estados de ánimo de cada uno, para que puedan sentirse aceptados, queridos y valorados.

Para favorecer la maduración personal y el desarrollo social de cada uno de los niños y niñas que integran un Centro hay que potenciar valores como la solidaridad, el respeto y la afectividad en las relaciones entre iguales y de éstos con los adultos. Es necesaria la colaboración positiva para crear una educación coherente con las necesidades reales de cada alumno o alumna y con el contexto social en el que se encuentra inmerso.

En este ambiente, la calidad de las relaciones facilita la construcción de una imagen positiva y ajustada, y la actividad docente se basa en un sistema de refuerzos y motivaciones en vez del castigo, los juicios de valor personal o la negación sistemática.

AUTOESTIMA Y SEGURIDAD EN SI MISMO

La autoestima es la forma de sentir respecto a nosotros mismos, el concepto del propio valor o lo que pensamos de nosotros.

Todo niño o niña normal nace con el potencial necesario para alcanzar la salud mental.

Indispensable para lograr este objetivo es poseer una autoestima elevada, que se fundamenta en la creencia del niño o niña de ser digno de amor y que importa por el hecho de existir, sintiendo que se valora y respeta su individualidad.

El niño o la niña posee cualidades y recursos internos suficientes para gustarse a sí mismo. Desde que nace aprende a verse como considera que le ven las personas que le rodean. Su imagen la construye en función del lenguaje verbal y corporal, de las actitudes y los juicios que sobre él emiten las personas que considera importantes. Se juzga a sí mismo comparándose con los demás y según sean las reacciones de éstos hacia él.

La autoestima alta surge de las experiencias positivas, produce en los niños y niñas seguridad, propia aceptación y la confianza suficiente para poder realizarse en todas las áreas de la vida. Las expectativas sobre sí mismos serán apropiadas, alcanzando en el futuro la estabilidad emocional.

La autoestima pobre da lugar a la inseguridad, una escasa resistencia a la frustración, un bajo sentido de quien es y provoca ansiedad. El niño o la niña se siente inepto y carece de motivación para relacionarse de forma positiva o comenzar nuevos aprendizajes. Suele ser una de las principales causas de las conductas desadaptadas en la infancia ya que cuando el niño o la niña tiene un concepto negativo de sí mismo, cree ser "malo" y adecúa sus comportamientos a este juicio. Normalmente por ello se le regaña, juzga, castiga y rechaza, arraigando en él con más firmeza la convicción de "ser malo". Por necesidad de coherencia interna evita entonces que le lleguen mensajes positivos.

La pobre opinión de sí mismo afecta su estabilidad y constituye el núcleo de su personalidad, determinando la forma en que utiliza su potencial.

El modo como nos vemos a nosotros mismos, a los demás y al mundo que nos rodea se crea durante la infancia en el ámbito familiar, y se amplía con la experiencia escolar. Las impresiones que adquirimos entonces, nos acompañan toda la vida.

Nosotros podemos y debemos fomentar una autoestima elevada en nuestros niños y niñas con sólo seguir unas pautas sencillas pero valiosas.

· QUE EL NIÑO O LA NIÑA SE CONSIDERE ACEPTADO Y AMADO

INCONDICIONALMENTE. No basta con que le demos todo nuestro amor, debemos asegurarnos que él lo siente y experimenta. Tiene que percibir que se respeta y acepta su individualidad. Aceptar al niño o la niña significa sobre todo no confundir el valor de su existencia con el de su comportamiento.

· **TIENE QUE SENTIRSE VALIOSO, UTIL Y CAPAZ,** vinculado a los grupos que pertenece (familia, clase, etc.) y recibir de éstos seguridad y confianza; interiorizando formas de conducta positivas porque no se hacen juicios de valor sobre su persona, sino sobre aspectos de su comportamiento.

· **DEBE DESARROLLAR SEGURIDAD INTERIOR** para afrontar con éxito las dificultades que se le presenten. Para ello se le pedirá que concluya las tareas que comience, se le asignarán responsabilidades en función de su edad y capacidad, no se hará nunca por el niño o la niña aquello que sea capaz de hacer solo, se le ayudará a aceptar las consecuencias de sus acciones y a medir sus posibilidades antes de comenzar una actividad.

· **QUE PUEDA AFIRMARSE COMO INDIVIDUO.** Cada niño o niña es único e irreplicable y necesita sentirse distinto a los demás. No es cierta la creencia de que los padres y las madres deben tratar a todos los hijos por igual, del mismo modo ocurre con los educadores y

sus alumnos. Cada niño o niña debe sentir que es especial y singular, para ello es necesario:

- PROPORCIONAR UN AMBIENTE SIN CONDICIONES PARA EXPRESAR LIBREMENTE SUS SENTIMIENTOS Y CUIDAR LAS EXPECTATIVAS INADECUADAS. Se fomentará así su capacidad crítica, permitiendo que piense por sí mismo, aunque no coincida con los pensamientos del padre, de la madre o del educador.

- CUIDAR QUE SU INDIVIDUALIDAD NO SE CONVIERTA EN INDIVIDUALISMO EGOISTA.

- QUE ADQUIERA UNAS PAUTAS DE CONDUCTA Y UNA ESCALA DE VALORES PERSONALES que le sirvan de referencia para que su forma de pensar y actuar adquiera coherencia, para que aprenda a distinguir el bien del mal. Padres, madres y educadores somos las personas cuya estima y aprobación busca con más esfuerzo, por eso serán los modelos que intente imitar. Estos modelos deben ser coherentes en sus mensajes y actuaciones.

CUALIDADES, RECURSOS INTERNOS Y VALORES DE LOS NIÑOS Y NIÑAS

Las cualidades, los recursos internos y los valores, en algunos casos, son la misma cosa. Las cualidades y los recursos internos pueden ser innatos y evolucionar hacia valores morales y sociales.

Lo menos importante es identificar cuál es una cualidad, cuál un recurso y cuál un valor. Lo que interesa es que todos germinen y proporcionen los ingredientes básicos para lograr el desarrollo del potencial del niño o la niña en todas las dimensiones del ser humano y les conduzca a interiorizar una jerarquía de valores ajustada.

Muchas cualidades existen desde el nacimiento y, según lo que ocurra a lo largo de la infancia, evolucionarán en recursos internos y valores, o se atrofiarán para siempre. Sentir desde la infancia que poseen estas cualidades y que pueden desarrollarlas, las convertirá en fuerzas constructivas que los niños y niñas pueden aplicar a todas las áreas de la vida.

Por simples que nos parezcan, es importante reconocer las cualidades y apreciarlas, no hay que dar por sentado que los niños y niñas las poseen y hay que ayudarles a sentirse orgullosos de ellas, a utilizarlas y desarrollarlas.

Nadie posee todas las cualidades, pero si la mayoría. Muchas están interrelacionadas y el desarrollo o atrofia de una de ellas suele afectar a los demás.

Algunas cualidades, virtudes, recursos internos y valores

Embarazo y nacimiento normal. Historial de normalidad física y psicológica: en factores internos (herencia genética, sistema neurológico, metabolismo y sistema endocrino, etc.) y factores externos (cuidado físico, alimentación, higiene, cuidados médicos, ambiente adecuado, clima afectivo, seguridad emocional, etc.).

Autocuidado, valoración de la propia vida, autoprotección, etc..

Vitalidad y entusiasmo por la vida. Desarrollar esta cualidad evitará depresiones, negativismos, resignación y otros problemas en la edad adulta.

Curiosidad, que proporciona motivación por aprender, observar y explorar. La curiosidad alimenta la vitalidad.

Sensibilidad, para percibir y responder ante los estímulos. Complementa la curiosidad y desarrolla el proceso de aprendizaje. Demasiada sensibilidad hace a los niños y niñas más vulnerables ante cualquier problema, cambio o desorden de su entorno.

Una familia amorosa, esto es, amor del padre y de la madre entre sí y de éstos hacia sus hijos, pero también el amor de cada miembro de la familia por sí mismo. Este ambiente familiar proporciona seguridad, una forma positiva de relacionarse y un elevado nivel de autoestima.

Padres que consideran a sus hijos e hijas como personas independientes y no como una prolongación de sí mismos.

Respeto de la familia y el entorno escolar por las diferencias individuales. La presión que reciben los niños y niñas para cambiar puede ser dolorosa y lesiona su autoestima.

Estabilidad. Los cambios frecuentes de vivienda, de ciudad, de colegio, de relaciones familiares y sociales, golpean la seguridad interior.

Recibir una educación consecuente por parte de la familia y del entorno escolar que ofrezca un consistente conjunto de valores, sin dobleces, hipocresías, favoritismos, etc.

Padres y educadores sanos, me refiero a la salud física y emocional. Cada persona es producto de la educación que recibe en la infancia y frecuentemente reproduce con sus hijos los errores educativos que sufrió. La buena salud emocional incluye, entre otros, la capacidad, la elevada motivación y el deseo necesarios para relacionarse con iguales afectiva y respetuosamente.

Experiencias positivas. Durante el embarazo y, por supuesto, después del nacimiento, el

niño o niña percibe sensaciones más o menos placenteras en función del grado de empatía y entrega afectiva de los adultos que le rodean. Si el niño o la niña tiene experiencias positivas en su relación con el medio, será capaz, entre otras cosas, de establecer relaciones afectivas, adquirir mecanismos de adaptación a diferentes situaciones sociales y desarrollar una adecuada resistencia a la frustración.

Vivir en un ambiente alegre y positivo fomenta el optimismo, la esperanza y la capacidad para ser feliz.

Ambiente familiar y escolar relajado y con libertad emocional durante la infancia. Es importante que el niño o la niña pueda expresar e intercambiar sentimientos de forma adecuada, sin miedo a represiones. Cuando las emociones se aceptan y se comprenden, se crea un entorno seguro

Derecho al propio "yo", para crear un sentido de identidad, individualidad, independencia y confianza en sí mismo.

Identificarse con un grupo sexual y relacionarse de forma positiva con iguales de ambos sexos.

Experimentar sentimientos sexuales, hablar abiertamente de ellos, encontrar aceptación por parte de padres, madres y educadores, así como contar con una educación adecuada al respecto.

Atractivo físico y carisma. Cualidades valiosas en cualquier tipo de cultura, siempre que el niño o la niña no se centre en ellas de forma exclusiva, provocando algún nivel de narcisismo.

Dar y recibir amistad desde la primera infancia con iguales de ambos sexos. Entre otros muchos beneficios, facilita las relaciones futuras. Supone el afecto personal, puro y desinteresado.

Sentido del humor. Al igual que otras cualidades, necesita ser desarrollado. La percepción y sensibilidad a la incongruencia, la respuesta a la broma y la inventiva humorística aparecen a edad temprana. Desarrollar el sentido del humor requiere utilizar la creatividad, la inteligencia y distintas emociones para producir la inventiva espontánea. Es tremendamente útil para relacionarse consigo mismo y con los demás, y hace soportables las experiencias difíciles.

Capacidades intelectuales, que incluyen otra serie de capacidades. El potencial "normal" es enorme y su desarrollo está marcado por los estímulos que reciba desde el mismo momento de nacer.

Orientación. El estado de salud emocional es muy importante para que el niño o la niña sepa, desde edad temprana, quién es, cuándo y dónde está.

Intuición o capacidad para entender a los demás, está muy relacionada con la habilidad de empatizar. Es muy útil en el crecimiento personal y en las relaciones humanas. Imaginación entre otras cosas, para experimentar situaciones en sentidos que nos proporcionen más información que lógica.

*

Capacidad para expresar pensamientos y sentimientos. La expresión verbal es una forma de autoexpresión y afirmación. La elocuencia es muy importante en la interrelación con los demás.

Discernir lo que está bien de lo que está mal, para ello es necesario adquirir un buen nivel de conciencia social y un criterio ético y moral adecuado. Es decir, interiorizar un correcto sistema de valores humanos. Cuando la conciencia social está empobrecida, la forma de relacionarse es destructiva. La rebelión o la conformidad son conductas que paralizan la autorrealización.

Integridad. Surge cuando existe un firme sentimiento sobre la propia personalidad y garantiza un sólido sentimiento de uno mismo. Con ella se fomenta el respeto por los propios valores, pensamientos, sentimientos e ideas. Facilita las relaciones y emociones saludables. Llevada a extremos puede conducir a exigencias perfeccionistas en uno mismo o en los demás.

Persistencia y objetivos. Fijarse objetivos desde edad temprana y persistir, solventando dificultades, eleva la autoestima y desarrolla la capacidad de esfuerzo y paciencia.

Paciencia. El saber esperar nutre la capacidad de aplazar la gratificación, que es una necesidad indispensable para el entrenamiento, la realización de las destrezas o logros de cualquier clase.

Resistencia a la frustración, que determina en gran parte la capacidad para llevar a cabo procesos dirigidos a la realización de objetivos. El aprendizaje viene acompañado por un grado moderado de frustración, los niños y niñas han de desarrollar su propia resistencia en

estas situaciones para solventar y superar la frustración que experimentan.

Tolerancia a la ansiedad. Cuando es insuficiente, las relaciones, las tareas intelectuales difíciles, la actividad creativa, etc., se evitan o abandonan con facilidad.

Satisfacción en la escolarización temprana que, entre otros muchos beneficios, proporciona el estímulo para intentar posteriormente experiencias escolares más complejas y difíciles.

Tranquilidad y paz interior durante la infancia, ayuda extraordinariamente al proceso de aprendizaje y a desarrollar la capacidad de concentración.

Alegría de vivir, entusiasmo, ilusión, esperanza, optimismo y alegría de compartir con otros la propia experiencia.

Mantener la atención favorece la concentración y la continuidad necesaria para completar tareas cada vez más complejas.

Espontaneidad, se produce cuando hay contacto con los propios sentimientos, es la antítesis de la impulsividad.

Independencia. Cuando el entorno es saludable, el niño o la niña se independiza a medida que evoluciona su desarrollo. Supone cuidar de uno mismo en función de la edad, también relacionarse y cooperar con los demás sin perder los propios valores.

Adaptación y flexibilidad, hacen posible adoptar soluciones y puntos de vista ante situaciones desconocidas. Los niños y niñas disponen de un gran potencial en esta capacidad y, como en el resto, su desarrollo o empobrecimiento dependerá de las primeras experiencias.

Sentido de la realidad como persona humana, que determina en gran parte las expectativas. Si éstas son exorbitantes conducen a frustraciones, desengaños, baja autoestima y depresión.

Autoaceptación, que se logra cuando se conoce la propia realidad, las capacidades y limitaciones. Con aceptación plena de la propia realidad se consideran irrelevantes la aprobación o desaprobarción de los demás.

Amabilidad para llevar a la práctica una actitud afectuosa, afable y complaciente.

Solidaridad y altruismo, prestando ayuda a los demás aún a costa de renunciar a beneficios propios. Ponerse al servicio de los demás de buen grado sin obtener algo a cambio, sino la satisfacción personal.

Comprensión y capacidad de ponerse en el lugar de los demás para ver las situaciones desde su punto de vista.

Autoestima elevada, es decir la consideración de que es digno de amor y que importa por el hecho de existir, sintiendo que se valora y respeta la propia individualidad.

Bondad y generosidad que ofrecen el gozo de dar y compartir, viviendo con humildad y disfrutando de las cosas sencillas de la vida. La bondad supone grandeza de carácter y de espíritu.

Calma, paciencia y capacidad de reflexión que conduce al sentido común, evitando las tensiones y la ansiedad y conduce al ambiente de paz y equilibrio y transmite tranquilidad, sosiego, fuerza y serenidad.

Compasión para sentir ternura y lástima por los problemas de los demás.

Es imposible hacer un análisis completo de todas las cualidades, virtudes y valores en el presente trabajo, además de los mencionados, podemos añadir:

Aprecio, confianza, eficacia, independencia, justicia, libertad, madurez, modestia, piedad, respeto, responsabilidad, sencillez, ternura, tolerancia, voluntad, autenticidad, caridad, cordialidad, diálogo, dignidad, esfuerzo, esperanza, disciplina, éxito, familiaridad, felicidad, ilusión, gratitud, honradez, naturalidad, obediencia, trabajo, autorrealización, creatividad, dulzura, disponibilidad, espiritualidad, firmeza, humanidad, fortaleza, sinceridad, cooperación, filantropía, amor, ciudadanía, honestidad, unidad, etc.

Valores negativos o contravalores.

Los valores negativos o contravalores son adquiridos, luego pueden modificarse. El ámbito familiar y el escolar debe neutralizarlos porque destruyen las cualidades y bloquean el correcto desarrollo de la personalidad del niño o la niña.

Los valores negativos, al igual que los positivos, interactúan y se alimentan entre sí. Todos poseemos contravalores porque somos producto de la educación que hemos recibido, y las personas que nos educaron también los poseían. Comencemos por identificar nuestros valores negativos, éstos casi siempre son reacciones a las influencias destructivas que se encuentran en el entorno (familia, trabajo, relaciones sociales, etc.), una vez que los reconocemos, podemos neutralizarlos para que no se conviertan en contravalores para los niños y niñas cuyo desarrollo queremos promover.

Todo lo que es adquirido puede ser evitado o modificado.

Algunos contravalores

Baja autoestima, se crea por el efecto de todas las fuerzas destructivas e impide que el niño o la niña evolucione de forma positiva en cualquier área de la vida.

Desesperanza. Es el sentimiento de que la satisfacción por cualquier actividad no llegará nunca, que el padre y la madre jamás estarán satisfechos, que no merece la pena realizar nada. Las primeras señales consisten en el abandono de los intereses, compromisos o actividades. Es producto de una relación destructiva con uno mismo. Muchos de los niños y niñas llamados perezosos sufren desesperanza, son incapaces de entusiasmarse y, si el sentimiento permanece durante años, conduce a graves depresiones.

Rendición o dimisión. El niño o la niña se aleja de la participación y el compromiso ya que esto significaría preocupación por las cosas, y preocuparse le hace vulnerable al fracaso, a las pérdidas y al conflicto. Desea evitar el dolor en todos los asuntos conflictivos, de modo que no se implica. Esta maniobra defensiva para evitar el sufrimiento emocional hace prácticamente imposible el participar en el auténtico desarrollo o satisfacción que puede ofrecer cualquier aspecto de la vida.

Dependencia malsana. El niño o la niña siente debilidad e insuficiencia, busca siempre a alguien que le cuide y solucione sus problemas. Tiene la impresión de que estará a salvo si condesciende y se adapta a todos los que le rodean y procura no causar problemas.

Agresividad maligna. Normalmente va acompañada de presunción y afán de dominio, con un alto grado de narcisismo, perfeccionismo, arrogancia, ganas de venganza y una noción alta de la propia capacidad. Los niños y niñas con este tipo de agresividad suelen manifestar ilusiones engañosas de grandeza y, para ellos lo más importante es que les sobrevaloren, les admiren y les respeten a toda costa. Habitualmente empiezan demasiados proyectos y son incapaces de terminarlos. Pueden ser explotadores, ejerciendo presión, manipulación e interferencia en otros niños y niñas, motivos por los cuáles crean relaciones turbulentas.

Muchos niños y niñas son animados por los padres y por las madres a ser agresivos y crearse expectativas inadecuadas. Estos adultos posiblemente sean modelos agresivos que los pequeños tratan de imitar. La agresividad ocasiona con frecuencia graves fracasos por la exagerada valoración de sí mismo, sintiendo odio hacia sí y algún tipo de depresión.

Hostilidad. Es consecuencia de una ira crónicamente reprimida por lo que el niño o la niña parece estar siempre enojado. Cuando en la infancia el ambiente reprime emociones como la ira, no consigue desterrarla ya que ésta es síntoma de otro problema anterior, no un problema en sí. Si el niño o la niña no puede manifestarla adecuadamente, la enmascara y la expresa de forma perversa como las mentiras, habladerías maliciosas, reacciones de rabia, perturbaciones psicosomáticas, etc. Si las emociones se reprimen, las relaciones sufren y se contribuye a afianzar comportamientos como el cinismo, o sentimientos de culpa que, en gran parte pueden ser imitados de los adultos.

Pesimismo. En contra de lo que puede parecer, el pesimismo suele ser un defecto que aparece a edad temprana. El niño o la niña mantiene la creencia de que el fracaso es inevitable, en parte por los escasos éxitos que obtiene. Suele ser ocasionado por un padre y una madre excesivamente protectores que impiden que el niño o la niña experimente, afianzando en él el convencimiento de que cualquier iniciativa tendrá un resultado negativo, luego no emprende experiencias que puedan desarrollar sus capacidades.

Venganza. El deseo de venganza concentra gran energía del niño o de la niña, tiene un efecto autodestructivo e impide relacionarse de forma positiva. El pequeño desea desquitarse para restaurar el orgullo herido y mantener una situación de superioridad. El ambiente familiar o escolar altamente crítico y confuso acerca de los auténticos valores fomentan la necesidad de venganza.

Deseo de provocar envidia. Cuando el niño o la niña se siente motivado por la envidia que provoca en los demás, pone su destino en manos de otras personas. La familia y el colegio que fomentan la competitividad y valoran sólo a los niños y niñas que destacan, haciendo comparaciones constantes, están afianzando envidias en unos y deseos de provocarlas en otros.

Culpar a los demás de los propios defectos y actuaciones suele acompañarse de una exagerada necesidad de agradar, ser admirado y respetado. Lo que piensen los demás tiene más importancia que las propias ideas, por ello, cuando no hay aprobación exterior, culpan a otros de sus actuaciones.

Envidia. El niño o la niña desea en todo momento lo que poseen los demás y desarrolla la creencia de que todos tienen más de lo que tiene él. No hablamos aquí de la ambición y el deseo saludable, sino de la emoción firmemente arraigada en el pequeño que impide su normal desarrollo.

Celos. Es la emoción que el niño o la niña siente cuando se cree amenazado por la posibilidad de que alguien o algo le sea arrebatado. Al igual que la envidia, enmascara sentimientos de insuficiencia, fragilidad, baja autoestima, sentimientos de ser indignos e ineptos. Los celos provocan amargura, culpabilidad y relaciones destructivas con los demás y consigo mismo, requieren tanta energía que impiden el sano desarrollo del niño o la niña en todas las áreas de la vida.

Terquedad excesiva. Se presenta frecuentemente con perfeccionismo y arrogancia. Impide la evolución sana ya que el aprendizaje requiere la capacidad de aprovechar los errores cuando hay equivocaciones. La necesidad de tener siempre la razón, o bien de obtener resultados perfectos, produce en el niño o la niña miedo a comenzar actividades por miedo a equivocarse.

Egocentrismo más allá de la edad normal y considerado como cierto tipo de narcisismo. Se desarrolla cuando el niño o la niña es privado de la experiencia de preocuparse de otras personas y de tener con ellas relaciones normales de dar y recibir. Si desde edad temprana el niño o la niña tiene una perspectiva deformada de sí mismo y del mundo, con baja autoestima, refuerza el egoísmo y la avaricia que le impiden desarrollarse en todas las dimensiones madurativas, ya que esto sólo se produce a través de un verdadero intercambio con los demás.

Falta de interés. Habitualmente está causado por la ausencia de un ambiente motivador y carente de oportunidades estimulantes. Todos los niños y niñas tienen curiosidad natural y necesidad biológica de aprendizaje, por ello la falta de interés denuncia la pobreza del entorno y la baja autoestima del niño o la niña.

Timidez extrema. El niño o la niña es un ser social, cuando no tiene seguridad para establecer relaciones se siente infeliz. Habitualmente se considera la timidez como una reserva e independencia saludables y no es cierto. La timidez va acompañada de un sentido del ridículo extremo nacido de la inseguridad y de la baja autoestima, también del sufrimiento cuando el niño o la niña recibe atención aunque la desee, y la falta de enriquecimiento de experiencias que provienen del libre intercambio con amigos y amigas.

Actitud posesiva en exceso. Es una forma de dependencia malsana en la que el niño o la niña necesita tener la sensación de poseer a otra persona para sentirse seguro. Con frecuencia es fruto de un proteccionismo exagerado por parte del padre y de la madre que crea dependencia y una pobre autoestima.

Falta de imaginación. Su origen puede ser un entorno carente de estímulos, demasiado autoritario o proteccionista. También puede resultar de una gran ansiedad y miedo a la espontaneidad provocado por un ambiente represivo con las emociones y sentimientos.

La culpa. Es especialmente nociva cuando se usa como instrumento manipulador ya que tiene un efecto paralizador, lesiona gravemente la autoestima y no conduce a ninguna transformación constructiva.

Orgullo excesivo. Es utilizado para disfrazar y compensar sentimientos de fragilidad. El niño o la niña aprende a usarlo para fomentar una falsa imagen de sí mismo y aumentar conceptos idealizados de su persona. Esto le conduce a una gran vulnerabilidad porque la realidad le enfrenta repetidas veces con sus limitaciones.

Falta de conciencia como miembro de un grupo social. Puede tener su origen en la tolerancia o permisividad excesiva donde no se establecen límites de ningún tipo. También por crecer en un ambiente cruel con privaciones materiales y emocionales. Puede provocar en el niño o la niña desde una incapacidad para identificarse y empatizar con otras personas, hasta no distinguir lo que está bien de lo que está mal, careciendo de un mínimo sistema de valores humanos.

PROBLEMAS DEL COMPORTAMIENTO EN LA INFANCIA

La mayor parte de los comportamientos infantiles son aprendidos y se repiten según el efecto que producen en el medio que rodea al niño o la niña. La conducta es el resultado de la interrelación del individuo y su ambiente.

Cada grupo social elabora unas normas y pautas de conducta. Hablamos de problemas de comportamiento cuando, por defecto o por exceso, éste no se adapta a las pautas de conducta preestablecidas. Luego los criterios de normalidad son relativos, y la anormalidad implica una desviación en frecuencia, intensidad y modo de realización del promedio.

El niño o la niña no hereda la mayoría de comportamientos desadaptados, son consecuencia de procesos de aprendizaje. El ambiente familiar, el escolar o social los ha fortalecido.

Si los comportamientos son adquiridos, pueden ser modificados, además de poder prevenir los que aún no existen.

Para poder cambiar un comportamiento desadaptado, debe modificarse también el de las

personas que rodean al niño o niña, ya que le han ofrecido reforzadores, como la atención concentrada, ante dicho comportamiento.

Al hablar de problemas de comportamiento hay que distinguir entre aquellos que el niño o la niña desarrolla de forma inadecuada y frecuentemente (por lo tanto nos centraremos en que disminuyan y desaparezcan) y los comportamientos que el niño o la niña debería de realizar en función de su edad y no lo hace, o bien lo hace de forma incorrecta (en este caso debemos crearlos o perfeccionarlos).

El aprendizaje de la conducta se realiza principalmente por:

Experiencias anteriores. El niño o la niña reacciona en respuesta a estímulos que guardan semejanza con otros estímulos aprendidos con anterioridad y que le reportaron beneficio o perjuicio.

Por refuerzo operante. Los comportamientos han recibido refuerzos que pueden ser positivos como un premio, o negativos como un castigo, inmediatamente después de haberse realizado.

Por aprendizaje social, por observación o por imitación.

Disminuir y eliminar comportamientos desadaptados

El niño o la niña realiza el aprendizaje por medio de ensayos y errores o aciertos. Repite un comportamiento porque, tras realizarlo, ha obtenido una ventaja, una gratificación o un beneficio.

Conviene averiguar que reforzadores está obteniendo cada niño o niña ante sus comportamientos desadaptados con el fin de suprimirlos.

El castigo se utiliza para que el niño o la niña experimente unas consecuencias desagradables por su conducta. Puede ser de cuatro tipos:

Agresión física (azotes, bofetadas, etc.)

Agresión verbal (críticas, insultos, juicios de valor, etc.)

Prohibición de algo agradable (no ver televisión, no salir al parque, etc.)

Retirada de un privilegio (acostarse más pronto, eliminar la propina, etc.)

Me gustaría añadir otro tipo de castigo para nuestra reflexión, el chantaje emocional o castigo psicológico, se utiliza cuando, tras el comportamiento, los adultos mantienen interminables silencios, malas caras, exageradas entonaciones de voz y estimulan los sentimientos de culpa durante un tiempo interminable.

Está demostrado que el efecto del castigo es temporal y en el momento en que se modifican las circunstancias en que se aplicó, la conducta vuelve a repetirse.

Puede ocurrir que lo que el adulto considera desagradable para el niño o la niña, en realidad no lo sea para él, y en vez de considerarlo un castigo se convierta en un reforzador, aumentando el comportamiento desadaptado en intensidad y frecuencia.

El castigo suele ir acompañado de otros efectos emocionales como la ansiedad, el miedo, etc. Cuando el niño o la niña lo recibe escucha además juicios sobre su valor personal: "eres un desordenado", "eres malo", "eres desobediente", etc. Lo cuál lesiona gravemente su autoestima. Las habilidades que el niño o la niña esté realizando en ese momento pueden quedar perturbadas por la ansiedad que siente, y las consecuencias erróneas se pueden prolongar en el tiempo e interferir la adquisición de nuevos aprendizajes.

Si el niño o la niña comete un error en su actividad escolar y se le castiga, aumentará su ansiedad y es posible que cometa nuevos errores.

Cuando el niño o la niña experimenta miedo o ansiedad ante el aprendizaje, intenta librarse de este estado emocional evitando enfrentarse con la situación que lo provoca, es decir, con el propio aprendizaje.

Por todo lo relatado y otras muchas argumentaciones que serían largas de explicar aquí, no considero el castigo como un método eficaz de eliminar comportamientos desadaptados. Además la violencia física o verbal que acompaña al castigo puede convertirse en modelo a imitar por el niño o la niña, desarrollando nuevos comportamientos desadaptados como la agresividad.

El castigo, sobre todo físico y verbal, sólo es efectivo como descarga emocional de los adultos.

Sugiero aplicar el método de las consecuencias lógicas

El método de las consecuencias lógicas

El niño o la niña debe saber que todo comportamiento tiene unas consecuencias lógicas que no son el castigo impuesto por los adultos.

1º. - La consecuencia debe estar relacionada con el mal comportamiento. El niño o la niña tiene que ver la relación entre lo que hace y el resultado, en otro caso no sería eficaz.

Ejemplos: Si Juan rompe un juguete con intención, se le retira, sin ofrecerle otro a cambio. Si Daniel no se lava las manos, no puede sentarse a la mesa para comer. Si Luis no

recoge las piezas de construcción, no puede sacar otros juegos.

2º. – La familia o la clase, deben establecer normas claras de conducta y enseñárselas a los niños y niñas.

3º. - No decir por adelantado cuál será la consecuencia, esto se convertiría en una amenaza y anularía el efecto de la consecuencia porque el niño o la niña sabe con antelación lo que ocurrirá. Además puede decidir enfrentar la consecuencia como “una lucha de poder” y ver si el adulto sigue hasta el final.

4º. - El tono de voz amistosa es más eficaz. Si el niño o la niña percibe el enojo del adulto, está consiguiendo un posible beneficio: conseguir toda la atención como fruto de su comportamiento. También puede ocurrir que el enojo o la irritación provoque deseo de represalias por parte del niño o la niña.

5º. – Cuando el niño o la niña experimente la consecuencia de su comportamiento no hay que decirle “te lo advertí”, si machacamos sobre el resultado, anulamos el valor correctivo y fomentamos la “lucha de poder” del niño o la niña para ganar la batalla final. Cuanto menos se hable durante todo el proceso, mucho mejor.

Además tendremos en cuenta nuestro comportamiento al respecto:

Evitar la competitividad y la comparación. Respetando la individualidad de cada niño o niña conseguiremos que se responsabilice por sus propios actos.

No lamentarse por el niño o la niña cuando le ocurre algo. En vez de ayudarlo a superarlo provocamos lamentación por su parte y no le motivamos para que se sobreponga. Con empatía comprenderemos sus emociones al respecto y le indicaremos el modo de encauzar estas emociones de forma adecuada para superar el problema.

No dar demasiada importancia a los temores y miedos. Cuando el niño o la niña observa que se le presta atención por ello, puede afianzarse el comportamiento, tampoco es conveniente hacer que se enfrente bruscamente a la situación que provoca el temor. Siempre es más positivo ayudarlo a que aumente la seguridad en sí mismo y, progresivamente, intentar que supere el temor.

No utilizar las charlas moralizantes. El niño o la niña debe tener claro que la consecuencia de su comportamiento no es algo que el adulto le impone, sino la propia situación. Evitar las moralizaciones es evitar los juicios de valor, los rechazos y fomentar la autoestima.

Empezar por modificar un solo comportamiento tomando el tiempo que sea necesario. Primero se conseguirá una disminución en la frecuencia e intensidad del mismo. Eliminarlo lleva bastante tiempo, sobre todo cuando el comportamiento está muy interiorizado. Cuando se observen cambios positivos, puede trabajarse la disminución y eliminación de otros comportamientos.

Cuando el adulto abandona los sermones, los retos, las luchas de poder y las expectativas inadecuadas, no sólo mejora el comportamiento del niño o la niña, también mejora la relación.

El niño o la niña busca entonces nuevas formas de ser aprobado y reconocido, si le ofrecemos la posibilidad de que esto ocurra cuando utiliza comportamientos positivos, muchos aspectos negativos desaparecen.

No utilizar castigos físicos, verbales ni emocionales. El niño o la niña aprende que la violencia es la respuesta adecuada para resolver problemas, sobre todo cuando existe frustración, que es en realidad lo que siente el adulto que recurre a estos métodos.

Hay situaciones que no se prestan para tener consecuencias eficaces o que no son apropiadas, bien porque el resultado es perjudicial o peligroso, o porque la consecuencia no puede ser inmediata y, en caso de aplicarla, se convertiría en un castigo.

Por último recordar que para comenzar la eliminación de comportamientos desadaptados conviene elaborar una lista de los mismos, anotando la frecuencia, la intensidad y lo que sucede antes y después de cada comportamiento. Esto nos ayuda a reflexionar sobre los beneficios que obtiene el niño o la niña como consecuencia de dicho comportamiento y lo que puede provocarlo. Si tenemos claros estos datos estamos en el mejor de los caminos para alcanzar nuestro objetivo.

En primer lugar de la lista colocamos el más desadaptado de los comportamientos y, después de una semana de intento de modificarlo, volvemos a anotar la frecuencia e intensidad para controlar si aparecen resultados positivos.

Cuando el comportamiento ha disminuido considerablemente, pasamos a hacer lo mismo con el segundo comportamiento anotado en la lista.

Como crear, aumentar o perfeccionar algunos comportamientos

Al igual que en la disminución y eliminación de comportamientos desadaptados, el mejor método para crear o perfeccionar conductas adaptadas consiste en que el niño o la niña

experimente las consecuencias positivas que siguen al comportamiento.

El primer paso a seguir será averiguar que cosas resultan gratificantes para el niño o la niña y, en función de sus intereses variables, cambiar el tipo de gratificaciones.

Estímulos y recompensas

Las alabanzas, el reconocimiento de los logros propios, la consideración de los demás, son los refuerzos que más gratifican al niño o niña.

Si, inmediatamente después de un comportamiento positivo, un logro o cooperación, prestamos especial atención al niño o la niña con afecto cálido, valoración y aprobación, asociará el placer de la alabanza con la tarea o conducta realizada y las posibilidades de que se repita son muy elevadas.

Cuando el pequeño o pequeña se esfuerza por realizar algo que consideramos positivo, debemos estimular y valorar su esfuerzo mientras lo intenta, sin esperar a que termine, de otro modo podría desanimarse y frustrarse.

Hay que reforzar los pequeños logros, son la base de las realizaciones más importantes en el futuro.

Cuidado con reforzar todo y en todo momento, se le puede estimular o reforzar por hacer poco o nada. Debe existir cooperación, esfuerzo por un logro o intento de comportarse adecuadamente para recibir una gratificación.

La base de toda evolución positiva consiste en aceptar al niño o la niña y no confundir su comportamiento con su valor personal. Si no nos basamos en este principio, el pequeño o pequeña podría sentir que sólo es digno cuando logra buenos resultados.

Los refuerzos recibidos con asiduidad hacen que el niño o la niña se sienta apreciado, que gane confianza en sí mismo y aumente su autoestima y su ilusión por alcanzar nuevos logros.

Cuando una conducta positiva no es reforzada, se debilita y desaparece. Aunque el niño o la niña muestre esa conducta con frecuencia, hay que seguir reforzándola de vez en cuando.

Siempre es preferible el estímulo o refuerzo a las recompensas, aunque éstas últimas son muy eficaces con niños y niñas que sufren algún retraso mental, perturbaciones emocionales y algunos problemas congénitos.

El modelo a imitar

El niño aprende a comportarse según las pautas de conducta que observa en otras personas que toma como modelo. Elige a esas personas porque despiertan su interés o las valora de forma positiva. El padre, la madre y los educadores deben tener presente en todo momento que el niño o la niña hace lo que ve hacer, no lo que le dicen que haga. Principalmente, son sus modelos a imitar.

Los pequeños imitan comportamientos en los que observan resultados eficaces, sin discernir si están bien o mal. Los héroes de las series televisivas suelen triunfar gracias a comportamientos agresivos, engañosos y faltos de escrúpulos morales y en el ambiente de la calle siempre parece salir triunfador el que más violencia verbal o física ejerce.

Nunca es demasiado pronto para inculcar en los niños y niñas unos valores humanos sólidos, nuestra mirada atenta puede prevenir el que tomen modelos inadecuados para imitar su comportamiento.

Unidad de criterios

En todos los aspectos de la educación la unidad de criterios de los agentes educativos es de vital importancia. No está en nuestras manos modificar los planteamientos de la administración educativa o de los medios de comunicación, pero si es posible que en los agentes más decisivos, el ámbito familiar y el escolar, los criterios sean comunes en sus principios básicos.

El padre, la madre y los educadores han de estar de acuerdo en las pautas a seguir, acordar sus actuaciones ante los comportamientos a crear o eliminar, y mantenerlas con firmeza, no con inflexibilidad. No deben aclarar las dudas o las opiniones contradictorias delante de los niños y niñas, ni comentar sobre ello cuando están presentes.

El perdón también puede ser un acto pedagógico que le ofrece al niño o la niña la seguridad de que creemos en él.

Nadie es perfecto, todos nos equivocamos diariamente, y no es sano exigir perfección a los adultos, mucho menos a los niños y niñas.

Nuestra misión consiste en transmitir una jerarquía de valores ajustada, no en exigir a los niños y niñas que den muestra de haberla adquirido antes vivir las experiencias necesarias para su interiorización.

La infancia es un período maravilloso que se otorga a los seres humanos para que "lleguen a ser y a convivir". La escuela puede convertirse en un espacio donde es peligroso

ser uno mismo o en un lugar mágico que les ayude en su proyecto personal. La decisión debe tomarla el educador.

EL PROGRAMA DE EDUCACIÓN EN VALORES

Tenemos que servir a los valores en los que creemos, aunque sólo lo podamos hacer en un ámbito pequeñísimo”.

Hermann Hesse.

Para elaborar un programa de educación en valores en edades tempranas hay que tener en cuenta que sea universal y que pueda adaptarse a las diferentes culturas y comunidades, que sea sencillo de llevar a la práctica y ofrezca un modelo positivo de roles, transmitiendo cualidades o virtudes fundamentales.

Necesitamos una labor educativa explícita, encaminada a valorar los modos de actuar que no se adecuan a los que forman la tradición cultural o configuran la propia comunidad escolar. De estos modos de actuar y de los valores, se supone que es conocer y representante el educador.

La labor educativa no puede desarrollarse desde la improvisación o la experimentación. Requiere precisión, intencionalidad y organización. El plan general de actuación debe especificar objetivos, contenidos y actividades que respondan a las necesidades de los niños y niñas. El programa ha de ser flexible, permitiendo las modificaciones necesarias para la mejor adaptación a la realidad del aula y del centro. Para realizar un programa coherente de formación en valores, es imprescindible seguir estos pasos:

Debate y toma de decisiones de todo el equipo docente del centro respecto a las finalidades y objetivos del programa, estableciendo qué, cuándo y cómo se va a enseñar.

Elaborar las programaciones curriculares de aula.

Coordinar las acciones de continuidad de los diferentes niveles.

Establecer la colaboración y participación de las familias para que los niños y niñas no vivan contradicciones entre el ámbito familiar y el escolar.

Establecer los momentos y criterios de evaluación para realizar los ajustes necesarios en el programa.

PRINCIPIOS METODOLÓGICOS A TENER EN CUENTA.

Cada niño y cada niña tiene características individuales que le diferencian del resto del grupo. El educador o educadora debe apoyarse en diferentes estrategias didácticas para promover el proceso enseñanza-aprendizaje de cada miembro del grupo.

La motivación es un requisito imprescindible para que se produzca el aprendizaje. Sólo aprende el niño o la niña que desea aprender.

Procurar que cada niño y niñas tenga oportunidad de conseguir algo de éxito en las tareas para que desarrolle la autoestima que promueva el aprendizaje.

Prestar la ayuda adecuada a las necesidades de cada miembro del grupo. Diversificando la ayuda se garantiza la correcta evolución de cada uno.

El sentido y la significatividad del aprendizaje:

*

Partir del nivel de desarrollo del niño o niña.

*

Valorar los conocimientos previos con los que cuenta.

*

Asegurar la construcción de aprendizajes significativos.

*

Cultivar su memoria comprensiva.

*

Basar la labor educativa en el proceso de interactividad.

*

Buscar la participación activa del niño o niña para establecer relaciones entre el nuevo contenido y los esquemas de conocimientos ya existentes.

*

Trasladar los aprendizajes a su vida cotidiana.

Adoptar un enfoque globalizador.

Proponer situaciones globales ya que aprender requiere establecer conexiones múltiples entre el conocimiento previo (experimentado o vivido) y el nuevo que se plantea.

Comunicación y coordinación con las familias.

*

- * Información sobre las características generales del período de edad.
- * Compartir información sobre los objetivos propuestos.
- * Sugerencias y pautas de actuación familiar.
- * Informes sobre la evolución del niño o niña y entrega de la evaluación correspondiente.
- * Entrega de dossieres sobre temas de interés.

La agrupación de niños y niñas.

Dadas las diferencias del ritmo de evolución de los niños y niñas, así como los distintos horarios de asistencia, se utilizan sistemas de agrupamiento flexibles y dinámicos, dependiendo de cada momento, de los objetivos a desarrollar y de las posibilidades de material y espacio. Básicamente, son los siguientes:

- * Todo el grupo.
- * Pequeños grupos en función de los intereses y aptitudes.
- * Actividad individual.

Organización del ambiente. Criterios.
Las necesidades de los niños y niñas:

- * Fisiológicas.
- * Afectivas.
- * De autonomía.
- * De socialización.
- * De juego y movimiento.
- * De expresión.
- * De experimentación y descubrimiento.

Los materiales

Dentro de los materiales del aula, se preparan aquellos que son necesarios y adecuados para los objetivos y actividades planteadas, vigilando la capacidad de estímulo de cada objeto en los diferentes momentos y su renovación cuando sea necesario.

Al realizar la programación de las actividades diarias se definen los materiales que se necesitarán para cada sesión. Estos pueden ser:

- * Material del aula.
- * Material del Centro.
- * Material aportado por las familias.

Los tiempos

La organización del tiempo en el aula siempre es flexible y está marcada por los horarios de asistencia de los niños y niñas.

En todo momento es preciso respetar el ritmo de cada niño o niña ya que precisan de autoestructuración emocional, cognitiva y social, unido al tiempo que cada uno necesita para establecer la comunicación, la participación grupal, el cambio de actividades, el paso de una

situación a otra, etc.

En las actividades y su distribución en el tiempo se permite que no todos los niños y niñas tengan que hacer lo mismo y en el mismo tiempo.

A lo largo de la jornada se tiene en cuenta:

*

El ritmo de las distintas actividades.

*

El horario de almuerzos, comidas, meriendas y el intervalo entre ellas.

*

Distribución del período de sueño o descanso.

*

El número y la duración de los períodos de juegos.

En cuanto al ritmo de las actividades se considera:

*

Tiempo de juego libre para que el niño o niña pueda experimentar, comunicar y relacionarse.

*

Un tiempo de rutinas para estructurar la secuencia de acontecimientos del aula y del Centro.

*

Un tiempo de actividades con distinta naturaleza en función de la programación.

Partes de cada sesión programada:

*

Preparación de las actividades.

*

Período de ejecución de las actividades.

*

Recogida de materiales (clasificación, orden, etc.)

*

Valoración de las actividades.

LOS OBJETIVOS DE LA EDUCACIÓN EN VALORES

LOS AGENTES EDUCATIVOS DEBEN TRANSMITIR UNA ESCALA DE VALORES COHERENTE. De este modo se orientarán los sentimientos, deseos y emociones para que las nuevas generaciones sigan un modelo, un cauce determinado aunque, a través de su experiencia, cada uno opte por elegir libremente otro cauce, creando un modelo propio. Para conseguirlo, tendremos en cuenta:

*

Sólo se educa a sí mismo el niño o la niña que crece en libertad porque evoluciona desde la total dependencia hasta la autonomía plena de forma gradual.

*

Definir claramente el tipo de educación que se desea.

*

Fijar las pautas de actuación.

*

Ser constantes en la labor emprendida.

*

Empatía para comprender y aceptar al niño o niña.

*

Ofrecer pautas de comportamiento adecuadas a la edad.

*

Evitar la permisividad que impide adquirir una conciencia que dirija la conducta.

*

La sobreprotección transmite sensación de incapacidad e inseguridad, lesiona la autoestima y bloquea el crecimiento emocional.

*

La autoridad y la firmeza son necesarias para promover valores y capacidades, facilitando la interiorización de normas de conducta.

*

En el hogar y en el aula hay que mantener la disciplina imprescindible para establecer y conservar el orden, adaptando la conducta de los niños y niñas a las normas y restricciones que impone la convivencia en sociedad.

*

Podemos y debemos fomentar la autoestima cuidando de no lesionar la opinión que sobre sí mismos comienzan a forjar los niños y niñas.

*

Facilitando un clima afectivo y seguro, con valoración y aprecio sincero, podemos hacer sentir a cada niño o niña como un ser especial al que queremos, con independencia de que aprobemos o no lo que hace.

*

La unidad de criterios para evitar que los niños y niñas reciban mensajes contradictorios.

*

Ser coherentes en todo momento.

*

Admitir los errores.

*

Pedir perdón cuando sea necesario.

*

Saber perdonar de corazón.

*

Padres, madres, educadores y educadoras, somos los principales modelos a seguir.

*

Transmitimos los valores morales y sociales que poseemos a través de nuestras actuaciones diarias.

LOS BLOQUES DEL CONTENIDOS DEL PROGRAMA

*

EDUCACIÓN MORAL Y PARA LA PAZ

*

EDUCACIÓN PARA LA SALUD Y LA EDUCACIÓN VIAL

*

EDUCACIÓN AMBIENTAL

*

RESPECTO A LA DIVERSIDAD. IGUALDAD DE OPORTUNIDADES.

*

EDUCACIÓN PARA EL CONSUMO

EDUCACIÓN EN VALORES

(Ejemplo de distribución de los bloques de contenidos en las unidades didácticas)

UNIDADES

E. PAZ

E. MORAL

E. SALUD E. VIAL

E. AMBIENTAL I. OPORTUNIDADES R. DIVERSIDAD E.

CONSUMO

AMIGOS Y AMIGAS

X

X

X

X

¡UF, QUÉ VIENTO!

X

X

X
LAS FIESTAS
X

X

X

X
TIRITO DE FRIO
X

X

X
LOS JUGUETES
X

X

X

X

X
EL CARNAVAL
X

X

X
¡CÓMO LLUEVE!
X

X

X

X
ANIMALES Y PLANTAS
X

X

X

X

X
HACE CALOR
X

X

X

X
EDUCACION MORAL Y EDUCACION PARA LA PAZ
EL CONCEPTO DE SI MISMO

- * Autoestima, aceptación y confianza en si mismo.
- * Discriminar comportamientos adecuados.
- * Autocrítica: reconocimiento de errores, valoración de la propia actuación.
- * Responsabilidad, compromiso personal.
- * Regulación del propio comportamiento, autocontrol.
- * Defensa de los derechos y opiniones.
- * Autonomía e iniciativa, planificación y secuencia de la propia acción.

LA CONVIVENCIA

- * Participación en el grupo y en el establecimiento de normas.
- * Desarrollo de las habilidades sociales.
- * Respeto a los demás, ayuda y colaboración.
- * Pautas de convivencia.
- * Interés por compartir atenciones, amistades, objetos.
- * Uso de normas lingüísticas en los diálogos.
- * Valorar las normas y modelos de comportamiento.
- * Expresión de efecto y de los sentimientos

LOS CONFLICTOS

- * Resolución pacífica y progresivamente autónoma de los conflictos.
- * Aprender a dialogar.
- * Desarrollo de hábitos cooperativos.

La no violencia: actitud crítica frente a la cultura bélica que se transmite como valor a través de juguetes, dibujos animados, películas, juegos informáticos, etc...

EDUCACIÓN PARA LA SALUD Y EDUCACIÓN VIAL

Alimentación y nutrición.
 Educación sexual.
 Cuidados personales.
 Educación para evitar dependencias.
 Actividad física.
 Prevención de accidentes.
 Educación vial.

EDUCACIÓN AMBIENTAL

Valorar la calidad del entorno inmediato.
 Ser sensible hacia la conservación del medio
 Respeto a los animales y las plantas.
 Espíritu crítico ante situaciones concretas o problemáticas ambientales.
 IGUALDAD DE OPORTUNIDADES. RESPETO A LA DIVERSIDAD.

Conocimiento, valoración y respeto a las diferencias, evitando situaciones de discriminación respecto a:

- * Diferencias de clase social.
- * Diferencias en función del sexo.
- * Diferencias físicas o psíquicas.
- * Diferencias de otras etnias, religiones o culturas.
- * Diferencias respecto a tipos de profesiones u ocupaciones.

EDUCACIÓN PARA EL CONSUMO

- Aprender a leer los mensajes que la sociedad envía.
- Prevenir las actitudes consumistas.

¿CÓMO CONSEGUIR LA COLABORACIÓN DE LA FAMILIA?

- * Labor de orientación y asesoramiento familiar.
- * Reuniones de padres y madres.
- * Escuela de padres y madres.
- * Encuentros de familias en el Centro (compartir una merienda elaborada por los padres y las madres).
- * Día de convivencia de las familias en el campo o en un parque.
- * Día de las profesiones: un padre, una madre, un abuelo o una abuela hablan para los niños y niñas sobre su profesión (responsabilidad, compromisos, compañerismo, etc.).
- * Información a las familias sobre el trabajo realizado en la clase, solicitando su colaboración.
- * Canciones sobre valores
- * Cuentos sobre valores.
 - o Cuentos para que los padres y las madres lean a los hijos o hijas en casa.
 - o Cuentos de imágenes, sobre distintos valores, para que los padres y las madres escriban el texto y lo lean con los hijos o hijas.
 - o Libro viajero: pasa de familia en familia y cada una anota una idea para desarrollar un valor.
 - o Cada niño o niña lleva a la clase un cuento sobre un valor humano y lo intercambia para que otro niño o niña lo lleve a su casa.
- * Los mensajes del niño o la niña:
 - En una nota o en un separador de hojas para libros, el educador escribe un mensaje que el niño o la niña quisiera transmitir a su papá y a su mamá.
- * El kilo solidario:
 - El padre, la madre, o ambos acompañan a su hijo o hija a una entidad de ayuda a indigentes o ancianos para llevar un kilo de algún alimento.

*

El juguete solidario:

Cada niño o niña lleva a clase un juguete para regalar a otros niños o niñas que carecen de recursos (lo ideal sería que los padres y madres asistieran a la entrega de regalos)

Pedir a las familias que acompañen a los niños o niñas para entregar algún alimento que les guste mucho a una persona indigente que se encuentre en la calle.

o

Orientar a las familias sobre acciones concretas:

Cuidar de animales y plantas.

Respetar y valorar las plantas y el mobiliario de parques y jardines de la ciudad.

Desarrollar hábitos de ahorro de energía.

Colaborar en la selección de basuras, hablarles sobre el perjuicio de las materias que dañan el medio ambiente.

Cuidar los elementos del hogar, los juguetes,...

El deber de educar en valores antes lo cumplía la familia, lo refrendaba la sociedad y lo consolidaba la educación formal. Hoy, los lazos entre estos agentes educativos se han roto.

Para que las nuevas generaciones no crezcan en el vacío debemos proporcionarles un marco educativo que diseñe horizontes y marque las pautas de los caminos a seguir.

NUUESTRA FUNCIÓN PRIMORDIAL DEBE SER EDUCAR EN VALORES

.

Para conseguir este difícil objetivo:

Hay que conseguir la colaboración de la familia y procurar apoyo en la sociedad.<